

# Monólogo con Evohé

Gonzalo Celorio



(1)

(1) Mira, Evohé. Desde el otro lado del tiempo y del espacio Julio nos invita a pasar, a trasponer los límites idiotas que nos separan. Nos señala con el dedo como diciendo “los que siguen” y pasamos de uno en uno al otro lado de la superficie de la página: a la parte de atrás de este triplay despedazado desde donde él nos llama, antes de que acaben de caer los granitos del reloj de arena. ¡Cuántas fotografías de Julio reunió Albita Rojo en este álbum! (2) Este libro es un puente. ¿Te acuerdas del *Pont des Arts*? “Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.” Y el puente inútil —¿inútil?— que construyen con unos tablones Horacio y Traveler para comunicar las ventanas de sus departamentos con tal de no someterse al pragmatismo imbécil de bajar tres pisos, cruzar la calle y volver a subir tres pisos; ese puente por donde intenta pasar Talita de los lados de acá a los lados de allá, como nosotros, Evohé. Y el puente de

*Lejana*, ¿te acuerdas?, donde se encuentra Alina Reyes consigo misma, tan distante. Y los puentes del metro de París, porque son puentes las convergencias, las disyuntivas, los destinos —que así también se llaman en la señalización del transporte colectivo—: los encuentros y los desencuentros. (3) Como para que algún estudiante de la facultad hiciera una sesuda tesis doctoral que se llamara algo así como *Julio Cortázar o la fenomenología de los puentes*, ¿no te parece?

Hazte tantito para allá, que no me dejas leer, Evohé. Aunque realmente no se trata de leer. Muy bien que Felipe Garrido haya escogido los textos que acompañan a las fotografías. Felipe sabe hacer muy bien estas cosas. Pero la verdad este libro es para verse, no para leerse. Es un libro para guardar huellas digitales. Que la memoria de cada quien le ponga a cada foto el texto propio. Las palabras de Cortázar ya se nos pegaron. Ya incidieron en nuestra manera de res-



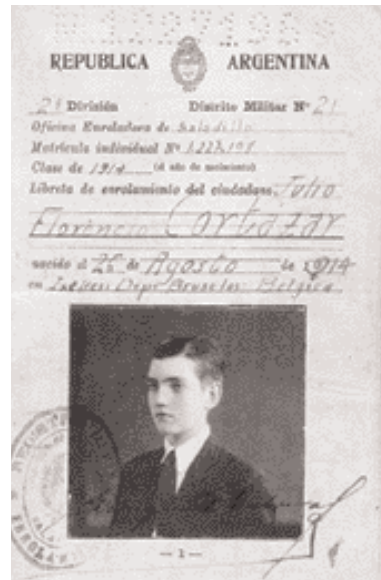
(2)



(3)



(4)



(5)

pirar, de caminar, de subir las escaleras. Si no fuera así, este libro nada nos diría. Es un libro de recuerdos, no de iniciación. ¿Estás cómoda, Evohé? Si no fuera por Cortázar, tú no estarías aquí, recostada en mis piernas. De veras.

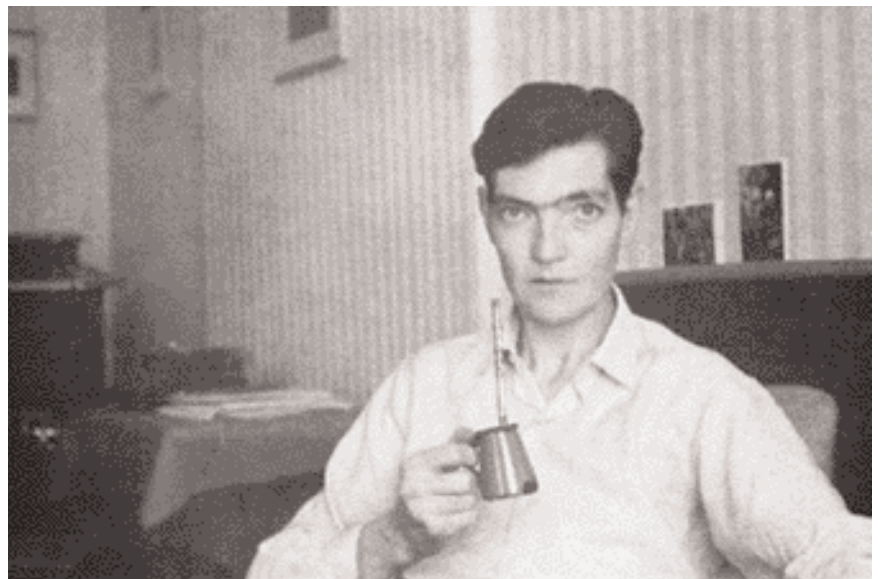
(4) Qué raro. El libro empieza por el principio. Julito, a los dos años de edad, en Suiza. 1916. La neutralidad helvética no le quita la cara de Gran Guerra. Ese año se reunieron en Suiza, en el *Cabaret Voltaire* de Zürich, los artistas atrabiliarios que fundaron el movimiento Dadá: Hugo Ball, Tristan Tzara, Hans Arp. De los primeros vanguardistas que intentaron romper todos los códigos establecidos. Volver al balbuceo de los niños, al caballito de juguete. Qué curioso, estas fotos de infancia de Cortázar son las más serias, las más solemnes. Es mucho más adulto aquí que de adulto. (5) Míralo nomás en la foto de la matrícula de enrolamiento militar, a los dieciocho o diecinueve años de edad, encorbatado y con un gallo ingobernable en el remolino de la cabeza. Con razón a lo largo de la vida tuvo que romper con tantas cosas. Como Dadá. Acabar con todas las gominas para dejar que el gallo cantara en libertad.

Cómo se nota en estas fotos de juventud real, cronológica digamos, la necesidad del apoyo, ¿verdad? (6) La corbata postiza, (7) la pipa sobreactuada, (8) los anteojos mordisqueados, (9) la pavita del mate. Son, a su modo, como las fotografías de los poetas modernistas, quienes siempre apoyaban la mejilla en una mano: Rubén Darío, Amado Nervo, Leopoldo Lugones. O Ramón Gómez de la Serna, iconoclasta y vanguardista, capaz de dictar una conferencia trepado en un elefante, pero a la hora de la foto: la mano regordeta y anillada como bastón de la cabeza. ¿Fue Lichtenberg quien describió las sesenta y dos maneras posibles de apoyar la cabeza en una mano? No estoy seguro. Se lo voy a preguntar a Juan Villoro, que es su traductor y algún día hizo una referencia parecida. Después, claro, los apoyos de la vida misma, no los de la foto: (10) el tabaco, la literatura, el trago, París, el Sena.

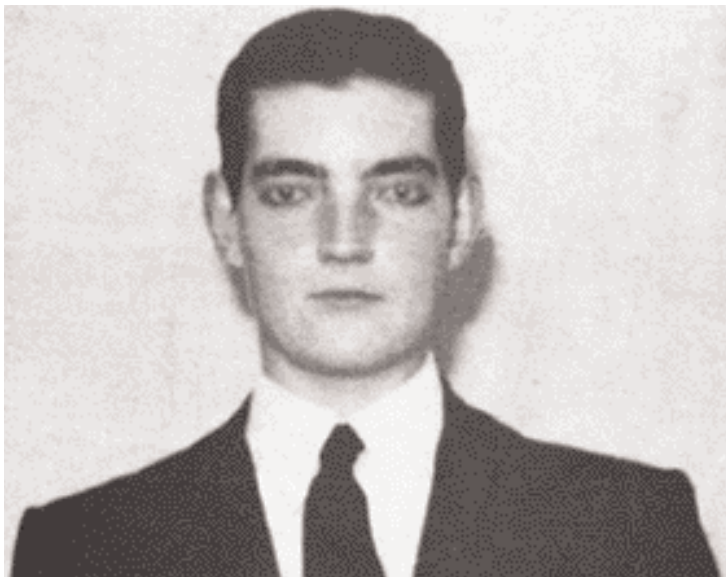
(11) ¡Qué alto era Cortázar! ¿Te imaginas, Evohé, transitar por el mundo con estatura semejante? Antes de que pudiera entenderse como una metáfora de su grandeza, ha



(8)



(9)



(6)



(7)

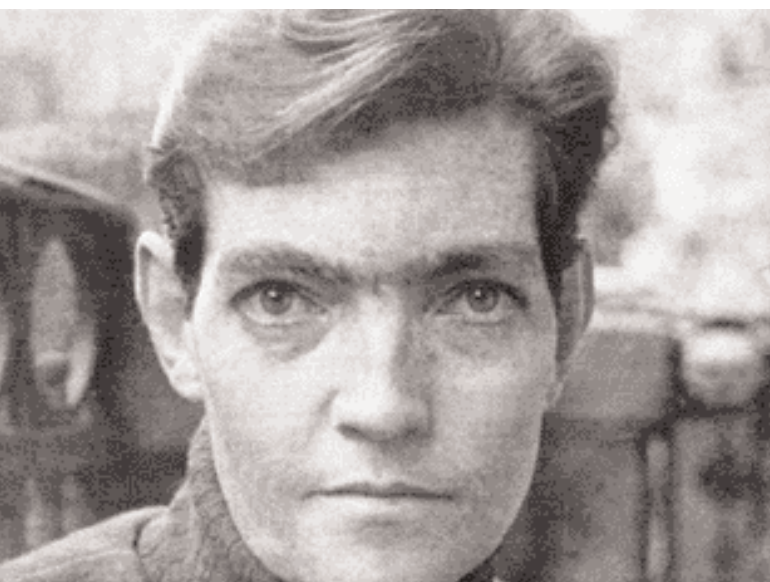
de haberle resultado incómoda, ¿no?, como al ahogado más hermoso del mundo del cuento de García Márquez.

Y ahora el juego. Bueno, no ahora: siempre. El juego, siempre. Hasta el dolor, hasta la separación, hasta la muerte. Preferible morir por jugar que vivir muerto por no jugar. Es así, aunque se oiga solemne. Hay que romper con las reglas establecidas, incluso con las reglas mismas del juego con que rompemos las reglas establecidas. (12) Míralo aquí, con Carol Dunlop, en una pausa del viaje de los autonautas por la cosmopista, jugando y escribiendo —como si fueran cosas diferentes o como si el juego no fuera la cosa más seria del mundo.

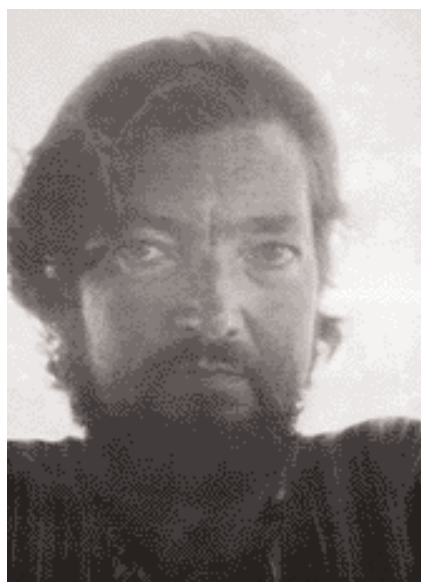
(13) Otra vez el niño de dos años, como reiteración infatigable de la infancia —el instinto y la fiereza—, con un mundo entero entre los dos ojos. (14) Cortázar tenía en el ceño espacio de sobra para hospedar un tercer ojo, sabio y penetrante. Así, con tres ojos, lo pintó Carmen Parra en el cuadro con el que participó en aquella gigantesca rayuela que le ofrendaron veintidós pintores mexicanos. (15) Esos

ojos que todo lo abarcan, que todo lo comprenden y que no pueden verse simultáneamente, como los tuyos, Evohé, como los tuyos.

(16) ¡Qué buena onda! Mira: la cotorina guatemalteca, (17) el sombrero guajiro, (18) los tenis, la máquina de escribir portátil, (19) la pipa de regreso, que ya no es el apoyo sino el placer maduro y reposado. (20) Y Hemingway metido en todas partes: el mar, la historia presente, el viaje sedentario. (21) Y el gato. Esto sí te va a interesar, Evohé, a ti, que tanto te gustan los gatos. ¿Quién es el gato y quién Cortázar? La continuidad de los parques. Tienen exactamente la misma mirada, parecen confundirse, como el niño y el ajolote en aquel cuento de *Final de juego*, ¿te acuerdas? ¿Será Adorno? Porque así, Adorno, se llamaba el gato de Cortázar. Adorno, como el filósofo de Frankfurt, Theodor W. Adorno. (22) Qué extraños homenajes, ¿no te parece, Evohé? El gato ornamental y sociológico que acompaña la lectura de *Paradiso* de Lezama, qué digo lectura, “profunda natación de seiscientos diecisiete páginas” sin poder respi-



(14)



(15)



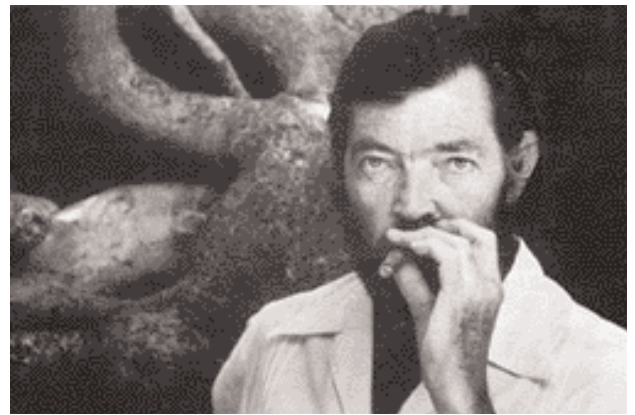
(16)



(17)



(18)



(10)



(11)



(12)



(13)



(19)



(20)



(21) (40)

rar, frenético de ahogo, a no ser por las interrupciones de Theodor W. Adorno, que ya quiere su lechita.

(23) Mira, Julio con una trompeta. Claro. Hay que poner un disco de Charlie Parker. Déjame levantar, ándale, no te hagas la remolona. Charlie Parker en homenaje a Julio. Aunque en homenaje a Julio tendríamos que descorchar una botella de ese vino alsaciano que tanto le gustaba, *sylvaner*, y fumarse un *gauloise*. Pero ni manera. *Pas de gauloise, pas de sylvaner*. La verdad es que en homenaje a Julio estamos vivos tú y yo, aquí, juntos y casi revueltos, viendo este maravilloso álbum que tanto se le parece, ¿no?

(24) La trompeta. ¿Tocaría bien la trompeta? No sé, pero seguramente le metería todo el *feeling* del mundo, a lo José Antonio Méndez cantando *La gloria eres tú*: pura emoción a falta de voz. Pienso en otro cronopio, Woody Allen: parece que todos los lunes toca el clarinete en algún bar de Nueva York para sacar lo que no pudo desahogar ni en la sesión matutina ni en la vespertina de su psicoanálisis.

(25) Y en la alternancia con el *gauloise*, el habano, cuyas bocanadas tienen el poder de conformar la atmósfera, el contexto: La Habana o Solentiname; el Ernesto Cardenal en su ínsula barataria de pintura *naïf*, el Lezama Lima, hermano en el puro y en la trascendencia universal del barroco de los trópicos al Heitor Villalobos de *Las bachianas brasileiras*. (26) Cuánto quiso y admiró Cortázar a Lezama. Se cuenta que cuando estaba preparando con Carlos Monsiváis la edición de *Paradiso* para la Editorial Era, se entrevistó con Lezama en Cuba para consultarle, entre otras cosas, algunos problemas derivados de la caótica puntuación del habitante de Trocadero 162. Y Lezama, con el inocultable acento cubano que todo mundo, lo haya conocido o no, se siente con derecho a imitar, le dijo: “Y tú qué sabeh cómo rehpira un ahmático”.

(27) Y en medio del bullicio, de la vida, del viaje, de París y el Barrio Latino, de las conferencias internacionales y del Tribunal Russell, de las editoriales y las traducciones y las



(31)



(27)



(28)



(32)



(33)



(34)



(38)



(36)



(35) (37)



(39)



(23)



(24)



(22)

mesas de prensa: la soledad. La soledad en la mirada, en el corredor, en la trompeta, en la escritura. La soledad del poema. Salvo el crepúsculo, nada, nadie.

(28) Y mira, aquí estoy yo, Evohé. De veras. Ese chiquitito de las copias de contacto soy yo, cuando me tocó darle la bienvenida al auditorio de la facultad, que estaba a reventar de puros cronopios. Pero ésa es otra historia. Y mira, aquí está Angélica de Icaza, guapísima como siempre, con la baba caída, como yo. ¿Pero ya viste a dónde le llego? Más abajo que al hombro. Te voy a platicar lo que me dijo cuando lo invité a que viniera aquí, a la casa, a conversar, como dicen los argentinos. Me abrazó muy fuerte, me dio una palmada en la mejilla con esa mano gigantesca, como de profeta, y me dijo perdóname pero estoy muy enfermo. Eso me dijo el 3 de marzo del 83. No pasó un año. A los once meses y algunos días “se llevó la primavera al cielo”, como dice un poema de Neruda.

(29) Aquí está con Fernando Benítez, mi hermanito. En Coyoacán, en el Palacio de Cortés. Fernando era chaparrito pero muy quitado de la pena se subió al brocal de la fuente para platicar con Julio *tête à tête*. A lo mejor no quería verse como Tito Monterroso cuando se retrató junto a Cortázar. Mira, aquí está la foto: (30) abismal.

—A Tito no le cabe la menor duda —podría haber dicho Cortázar.

—Te lo paso por alto —podría haberle respondido Monterroso.

(31) En Cuba. Me parece que es La Habana. Sí. El malecón de La Habana, donde los enamorados, por las noches, se distribuyen equidistantemente, como pájaros en cables de luz, y cada pareja que irrumpe modifica sutilmente el ritmo amoroso de toda la bahía. ¿Ya te dormiste, Evohé?

(32) Éste es el escritor de nombre más económico que conozco: Max Aub, quien hizo de su trasterro un fecundísimo campo abierto. Y al lado, Alejo Carpentier. ¿Cómo se habrán llevado Cortázar y Carpentier? ¿Tan bien como sus dos retratos, colocados en la misma pared de mi

estudio? Los une, entre otras muchas cosas, el sentido del humor, aunque es un humor diferente. El de Carpentier nació tarde, es paródico y viene, por tanto, de regreso de las cosas; el de Cortázar va de ida, es tierno y juvenil. Y hablando de sentido del humor, (33) mira, aquí está con Luis Buñuel. No podría haber mejor intermediario entre ellos que Carlos Fuentes. Míralo, con su ancha corbata paisajista, donde podría caber entera *La Vorágine*. Más que intermediario, traductor, intérprete más bien, porque ha de haber sido difícil la comunicación oral —y sólo ésa— entre las erres de Cortázar y la sordera mural de don Luis. Como asistir de oyente a una clase de mímica, ¿no crees? Y sin embargo, como los miembros de la familia de la Calle Humboldt de las *Historias de cronopios y de famas*, parece que se frotan las antenas al mirarse; como Oliveira y Traveler, tienen el mismo desprecio por casi las mismas cosas. Las mismas arañas. Las arañas obsesivas de Buñuel, con su repugnante simetría. Las arañas del pozo negro de Cortázar, no en vano portador del síndrome espeluznante cuyo arácnido nombre ahora se me escapa.



(26)



(25)

(34) Y el trabajo. La máquina de escribir pariendo al niño completo, con sus cinco dedos en cada mano, que es el cuento. Escribía sólo con dos dedos y mirando el teclado. Qué tranquilidad.

(35) Mira. El árbol chueco. La foto de 1968. Yo conocí ese árbol. Por lo menos eso supongo. Me lo presentó mi amiga Françoise Curtial una madrugada alucinante de París. Si el vino de aquella noche y la embriaguez interdisciplinaria no me tergiversan los recuerdos, el árbol está en el patio delantero de la casa donde vivía Cortázar cuando escribió *Rayuela*. Françoise y yo habíamos tomado unos tragos elegantes en *L'Hotel*, así, con mayúsculas, el hotel por antonomasia de la rue Guy-Louis Duboucheron donde murió Oscar Wilde y donde paraba Borges cuando iba a París, y caminado por los barrios de Beaux Arts, Saint Germain y Saint Michel, y repasado minuciosamente, como poniendo alfileres en el mapa de nuestros recuerdos, los itinerarios de Julio: (36) sus bares, sus kioskos, sus esquinas, sus calles, sus estaciones del metro —sus destinos y sus correspondencias. (37) Y habíamos llegado por fin al árbol éste de la foto, tras una reja enorme y delante del edificio donde estaba su

departamento de los sesenta, y Françoise me enseñó la ventana de Julio, atrás del árbol chueco, y a mí, de pura emoción, se me salieron las lágrimas a borbotones y también a borbotones se me salió medio capítulo 32 de *Rayuela*, el de la carta de la Maga al bebé Rocamadour, “En París somos como hongos, crecemos en los pasamanos de las escaleras, en piezas oscuras donde huele a sebo, donde la gente hace todo el tiempo el amor y después fríe huevos y pone discos de Vivaldi, enciende los cigarrillos y habla como Horacio y Gregorovius y Wong y yo, Rocamadour, y como Perico y Ronald y Babs, todos hacemos el amor, parados, acostados, de rodillas, con las manos, con las bocas, llorando o cantando...” ¡Evohé! ¡No me rasguñes!

(38) Buen provecho, Julio. Cómo me gustaría compartir contigo esa *baguette* y esa copa de vino, alsaciano seguramente. Más bien, cómo me gustaría que los compartieras conmigo. ¿Me gustaría? Me gusta, qué. De algún modo estoy contigo, a través de este portentoso álbum que armó Albita Rojo, comiendo de esa *baguette* y bebiendo de ese vino *sylvaner*.

(39) La mata de pelo, la camisa abierta, la barba desbigotada, el trago y cincuenta y siete años de edad que parecen veinticinco, carajo. Si esa juventud es signo de la enfermedad de las arañas, no me importa. En ese caso, como en cualquier otro, la juventud permanente, en el cuerpo o en la voz, en la escritura, en el temperamento, en el compromiso, en la vitalidad, en la ruptura, en el juego es, claro, una enfermedad. Qué cosa tan anómala ésta de la juventud, tan patológica, tan, por eso, combatida.

(40) Evohé, ¿Sabes por qué te llamas Evohé? Yo le había dicho a Bernarda: si algún día tengo un gato le voy a poner *Evohé*. ¿O fue a ella a la que se le ocurrió primero? Puede ser. Evohé es el grito climático del amor en el capítulo 68 de *Rayuela*. Y una mañana, Bernarda te trajo a casa. Eras muy chiquita entonces, tenías un lazo rojo alrededor del cuello y te llamabas Evohé. Y ya con nombre, ¿cómo no admitirte, Evohé?, ¿cómo devolverte?, ¿cómo no quererte?



(29)



(30)

deventa en Sanborn's  
y librerías de prestigio.

# Biblioteca de México 79 Émile Zola

## museo universitario del chopo

marzo 17 - mayo 2

### exposiciones



**CUATRO CILINDROS**  
Sergio Gutman  
Instalación



**ALUMINIO (ojo por ojo)**  
Santiago Borja  
Instalación




**COORDENADAS**  
Carlos Frank  
Pintura



**LA CASA DE LA MIRADA**  
José Antonio Hernández Vargas  
Pintura e Instalación

Visitas de martes a domingo:  
De 10:00 a 14:00 horas y de 15:00 a 19:00 hrs.

Dr. Enrique González Martínez no. 10, Col. Santa Ma. la Ribera.  
Tel. 55 46 12 45 Correo electrónico: chopo@servidor.unam.mx



Luc Tuymans, *Personas al Vaso*, 2001 (Metastable). Colección Museo Tamayo.

**MUSEO TAMAYO**

arte contemporáneo

### Luc Tuymans Tracing

23 marzo - 20 junio, 2004

Paseo de la Reforma y Gandhi s/n  
Bosque de Chapultepec México, D.F., 11580

Tels. (5255) 5286 6510  
(5255) 5286 6529  
Fax (5255) 5286 6539

**FUNDACION OLGA Y RUFINO TAMAYO**

Horario martes a domingo 10 a 18 horas

www.museotamayo.org  
info@museotamayo.org

**CONACULTA - INBA**

## Líneas de fuga

REVISTA DE LA CASA REFUGIO CITLALTÉPETL



André Lucide • Giorgio Vighesia • Fabrizio Mejía • Stig Dagerman  
• Mohammed Dib • Michel Foucault • Gonzalo Celorio • Bei Dao  
• José Pium Sañol • Georges Hymenauel

**COMAR SEGOB** Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados Secretaría de Gobernación

México, tradiciones de asilo y refugio

### Literaturas del mundo

Autores de más de 30 países

- Adonis
- Albert Coquery
- Anais Nin
- Antonio Tabucchi
- Bei Dao
- Bernard Noël
- Boris Pilniak
- Edouard Glissant
- Fernando Vallejo
- Franz Kafka
- Gonzalo Rojas
- Guy Davenport
- Haroldo de Campos
- Henry Michaux
- Isid Brodsky
- Jacques Derrida
- José Kozar
- Juan Gelman
- Juan Villoro
- Mario Bellatin
- Maurice Blanchot
- Roberto Sosa
- Sadeq Hedayat
- Serge Pey
- Sergio Pitol
- Wolfe Soyinka
- Xhevdet Bajazj
- Yi Munyol

Líneas de fuga es una publicación trimestral de la Casa Refugio Citlaltépetl, miembro de la Red de Casas Refugio del Parlamento Internacional de Escritores.

*¿Pregunta sobre nuestras actividades culturales!*

Suscripciones al teléfono 5211-4446 y 5211-3264 Fax: 5211-4639  
apie@prodigy.net.mx www.casarefugio.org  
Citlaltépetl # 25, Col. Hipódromo Condesa, 06170, México D.F.

**¡SUSCRÍBETE YA!**